

Galdós o la razón tabernaria

CÉSAR PÉREZ GRACIA *

Ortega nació en 1883 en Madrid cuando la ciudad estaba en plena efervescencia galdosiana. *Fortunata* se publica en 1886. El padre de Ortega, director de *El Imparcial*, era amigo de Galdós, incluso le pidió que fuese testigo de su boda. Sin embargo, Ortega debutó como crítico con la *Sonata de primavera* de Valle-Inclán, en 1905. Galdós pertenecía al pasado. Sus maestros literarios fueron del 98, Azorín, Baroja, Unamuno. El abismo generacional era evidente. Galdós, nacido en 1843, muere en 1920, y entonces Ortega publica un artículo galdosiano. El pueblo reconoce en Galdós “al más alto y peregrino de sus príncipes”. Y en otra coyuntura señala “No sabemos nada de Galdós”, con ese punto de perplejidad radical tan caro al pensador madrileño.

El eclipse galdosiano

Galdós se eclipsa con el 98 y el 27, y tras ese largo silencio se inicia su redescubrimiento. Es el exilio republicano, quizá debido a la nostalgia

por Madrid, quien relee a Galdós. Cernuda, Buñuel, Zambrano son galdosistas del 27. El profesor Montesinos dedicó tres tomos a Galdós. Gracias a él, leí Ángel Guerra y conocí el Toledo galdosiano. Montesinos era una especie de galdosista californiano. Releer a Galdós en el exilio académico de Los Ángeles tenía su punto.

Algo similar era la lectura romana de *Misericordia* por María Zambrano. Cernuda apostaba por *Torquemada* como obra maestra.

Cada cual tenía su Galdós favorito. Buñuel apostó por un Nazarín de western mexicano, un Galdós-Rosellini. Y luego por una *Tristana* de Toledo franquista, un Galdós-Hitchcock.

En el centenario de 1943, Casaldueiro publica su *Vida y obra* de Galdós. Sainz de Robles hace su censo de personajes galdosianos en Aguilar. Gullón publica su *Galdós moderno* en 1960. En el centenario de *Fortunata* se hace una serie televisiva. Octavio Paz sigue la estela de Buñuel, digamos el galdosismo maño-mexicano, que llega hasta Pitol.

* Escritor.

Julián Gállego anhelaba ver el episodio Zaragoza ilustrado con los Desastres goyescos.

Es inimaginable un ensayo como el de Unamuno —Vida de Don Quijote y Sancho— escrito por Galdós. Valera sí escribió crítica y también Clarín.

Recuerdo como excepción la pieza galdosiana sobre Bécquer. Hay un Episodio que contiene una de las mejores novelas galdosianas. La familia Carrasco de Bodas Reales, 1900, es una familia manchega desterrada en Madrid. Cuando uno lee sus andanzas le parece un aerolito en el mundo galdosiano. Es como un Chéjov cervantino, no sabría describirlo de otra manera. Como si Galdós hubiese leído a los rusos con el rabillo del ojo y hubiese injertado el ojo ruso en los dislates quijotescos de la Restauración, o en este caso, de la España isabelina, ya que evoca medio siglo después la boda de Isabel II en 1846. Casi la época de su nacimiento en 1843 en Canarias. Pero el quid está en ver la proporción del collage entre el pastiche cervantino y el pastiche ruso de Chéjov. En Chéjov —Tres hermanas—, el gran sueño es vivir en Moscú. Galdós se carteó con Turguenev, según Ortiz-Armengol, pero no sabemos si leyó el teatro de Chéjov. En Bodas Reales el sueño es volver a La Mancha desde un Madrid convertido en un infierno político. “¿Qué hay en Madrid? —se pregunta la manchega lírica Doña Leandra— miseria con mucha palabrería...”. Su sueño perenne es volver a la Arcadia febril y campechana de La Mancha. La esposa de Bruno Carrasco es un Azorín con faldas. “Pasaron junto a una noria desmantelada, después cerca de otra movida por un macho con los ojos vendados. Lloraban los cangilones chorritos de agua...”. pág. 281, Madrid, 1900, imprenta Viuda de Tello. ¿Qué diría Galdós del nuevo Madrid actual, con un millón de inmigrantes de todos los colores y países? Vivir para ver. Por cierto, hasta nos podemos imaginar Bodas Reales convertido en película de Almodóvar, un pastiche cervantino de Galdós por un Pasolini manchego.

Otro Episodio con excelente arranque novelesco es Los duendes de la camarilla, 1903. Un inicio cinematográfico con zapatos femeninos rojos, con una maja galdosiana que hace estragos en el Palacio Real de Madrid. El galdosista de Oxford, Eric Southworth, me puso sobre la pista de esta perla garbancera, por decirlo con humor.

Galdós tradujo Pickwick de Dickens como folletón en 1868, en la gaceta de Madoz. Su maestro hasta entonces había sido Balzac, pero el crítico Balart le descubrió al gran Dickens. El joven Galdós tradujo a Dickens del francés. Una pifia propia de la época. Más tarde descubrió a los rusos. Se carteó con Turguénev, uno de sus ídolos. Wilde le saludó en París, y conocía su Marianela. La prosa galdosiana resulta anticuada para un lector actual, sus narradores chirrían por su herrumbrosa sintaxis, y en buena medida es un autor pompier. Pero pocos o nadie le igualan en el dominio del idioma hablado popular. Ahí radica su grandeza.

Galdós o el genio tabernario

¿Hay parangón posible entre Cervantes y Galdós?

Cada escritor clásico se gesta en su siglo y circunstancias. Quizá lo que echamos de menos en Galdós es la vertiente ensayística que tiene el 98. Por ejemplo, Azorín, gran cervantista, el primer lector moderno del Persiles. Galdós carece de calidad de página, según Julián Marías. Quizá en Galdós falta calidad reflexiva, que por ejemplo tiene Bécquer. Pero su enorme talento para el habla popular lo suple todo. Galdós es el genio tabernario.

Galdós acabó escamado y escaldado de la política española entre 1868 y 1910, entre los amenes isabelinos y la Restauración de Cánovas, que culminan en el reinado incipiente de Alfonso XIII. De hecho, se fogueó como gacetillero novato con Madoz, el autor del pasmoso Diccionario histórico geográfico isabelino. La biografía galdosiana transcurre como

un episodio Madoz-Cánovas. Incluso como un Madoz-Unamuno o un Madoz-Ortega.

Galdós o la contrahistoria

Unamuno inventa la intrahistoria. La marea latente y silenciosa que mueve a los pueblos. Ortega inventa la dialéctica generacional como razón histórica. Los Episodios Nacionales de la etapa final, 1898-1911, todavía deparan algunas sorpresas al curioso lector. La historia oficial es un latazo. Pero la tabarra histórica no siempre gana la batalla al tirón novelesco de Galdós. En Amadeo I vemos un tenorio enano muy divertido, una suerte de novela picaresca en un Madrid de alta guasa esperpéntica. Galdós se jacta allí de la irresistible labia de su héroe. Don Benito no era precisamente un pico de oro al hablar en público, sudaba tinta para dar las gracias en un banquete. Su labia era labia escrita, en cartas privadas o en novelas. De ahí la sorna de Galdós al jugar con las dotes oratorias de sus personajes. Galdós se desvivía en un permanente desdoblamiento novelesco. Por un lado, la crónica gacetillera del devenir político, que le condujo a un estoicismo madrileño o un pesimismo cinicón. Por otro lado, su fascinación o entusiasmo auténtico por el habla bronca del pueblo llano, digamos su genio tabernario. Sumado a su fino oído para reflejar el idioma canalla de la burguesía fatua. Un pueblo que fluye como un circo caótico e imprevisible, moteado por islotes de una extraña fecundidad individual, capaz de dar la campanada en cualquier campo.

Arredondo y Galdós

Don Julián Marías tenía en su salón un paisaje de Toledo de Arredondo, cicerone de Galdós en Toledo cuando escribió Ángel Guerra. Su esposa, Lolita Franco, conoció a las sobrinas de Arredondo en Toledo, y quizá su cuento de tema toledano —Dos viejecitas, 1952— se nutre de esa circunstancia. Ortega tuvo en su

mocedad un amigo toledano, Navarro Ledesma, lazarillo de Galdós en Toledo. El propio Marañón ejercía de sumo embajador de Toledo en el París de Zuloaga y Proust. Ortiz-Armengol, con su fervorosa biografía Vida de Galdós, 1996, marca el punto de inflexión galdosiano en el renacimiento galdosiano.